

San Juan Crisostomo

La parábola del Sembrador

Comentario

A) La escena

'Como había hecho muchos milagros, pasa a hablar nuevamente de la utilidad de su doctrina, mientras, sentado a la orilla del mar, pesca en sus redes a los hombres... Y les dijo muchas cosas en parábolas (Mt. 13,3). Es de advertir que no actuó de esta manera, en la montaña ni tejió con tantas parábolas su discurso. Entonces asistían solamente las turbas y el pueblo rudo, pero aquí estaban presentes también los escribas y fariseos... ¿Cuál es la primera parábola? La que más convenía decir al principio, la que sostuviese mejor la atención del auditorio. Como pensaba hablar enigmáticamente, excitó primero los ánimos con esta clase de discurso. Por eso dice otro de los evangelistas que reprendió a los discípulos, porque no comprendían, y les dijo: ¿No entendéis esta parábola? (Mc. 4,13). Pero no fue ésta la única causa de hablarles así, sino la de que el discurso fuera más expresivo y, se grabara mejor en la memoria al ponerles las cosas delante de los ojos. Tal fue también la costumbre de los profetas' (ibid., 2: 467).

B) La siembra

'Salió un sembrador a sembrar' (Lc. 8,5)... Se acercó a los otros revistiéndose de nuestra carne. Como no podíamos penetrar donde El se hallaba, porque los pecados oponían un muro a nuestro acceso, hubo de venir a nosotros. Y ¿a qué salió? ¿A destruir la tierra plagada de espinas? ¿A castigar a los labradores? De ningún modo. Salió a labrarla, a cuidarla y a sembrar la palabra de la piedad. Llama aquí simiente a la enseñanza; campo, a las almas de los hombres; sembrador, a sí mismo. Y ¿adónde va a parar esta semilla? Tres partes se pierden, una se logra..., y aun ésta no por igual, sino que existe mucha diferencia en el fruto...'

'Esto lo decía para mostrar que a todos enseña y provee con abundancia. Pues así como el sembrador no distingue el campo que tiene delante, sino que llanamente y sin variación arroja las semillas, así también El no diferencia a los ricos de los pobres, ni a los sabios de los ignorantes, ni a los perezosos de los diligentes, ni a los bravos de los cobardes, sino que a todos habla poniendo cumplidamente cuanto está de su parte, aunque previendo lo que ha de suceder, de suerte que con derecho pueda decir (Is. 5,4): ¿Qué más podía yo hacer por mi viña que no lo hiciera?' (ibid., 3: 467-468).

C) El fracaso

'¿De dónde provino, dime, que se perdiera la mayor parte de la semilla? No

fue por culpa del sembrador, sino de la tierra que la recibía, esto es, del alma que no quiso oír. Y ¿por qué no dice que una parte la recibieron los perezosos y la echaron a perder; otra los ricos, y la ahogaron; otra los dados a los placeres, y la destruyeron? Porque no quiere herirlos, para no lanzarlos a la desesperación, sino que deja a los oyentes que les reprenda su propia conciencia. Lo mismo hizo no sólo cuando habló de la semilla sino cuando aludió a la red, que arrastró por cierto consigo muchos peces inútiles. Propone además esta parábola para iniciar a los discípulos y enseñarles que, aunque entre los que reciben su palabra son más los que se pierden, no desmayen por eso, ya que lo mismo ocurrió con el sembrador. El preveía absolutamente cuanto había de ocurrir, y, sin embargo, no dejó de sembrar...'

'Mas ¿qué razón de ser tiene eso de sembrar sobre espinas, sobre piedras, sobre el camino? Tratándose de semilla y de tierra, ciertamente no tendría razón de ser; pero, tratándose de las almas y de la doctrina, es motivo de mucha alabanza. El labrador que eso hiciera, en verdad, sería reprendido con justicia; pues no es posible que la piedra se convierta en tierra, ni que el camino no sea camino, ni que las espinas dejen de ser tales; mas con los racionales no es así. Porque posible es que la piedra se transforme en tierra gruesa; y que el camino no sea ya pisado ni permanezca abierto a todos los pasajeros sino que se torne, campo fértil; que las espinas desaparezcan y la semilla fructifique en ese terreno. Si esto no fuera posible, no hubiese Él sembrado. Y si en todos estos campos no le verificó la mudanza, no es culpable el sembrador sino los que no quisieron cambiar de vida. El, puso cuanto de su parte estaba. Si los demás malograron lo que recibieron, no tiene la culpa quien mostró tanta benignidad'.

D) La semilla que se pierde

'Considera aquí que no es una sola la vía que conduce a la perdición, sino varias, y distantes las unas de las otras. Porque los que se parecen al camino son los entregados a los negocios, los haraganes y los negligentes; los que acogen la semilla entre piedras, los más débiles y remisos... No resulta lo mismo que se seque la doctrina cuando nadie veja ni molesta que cuando acometen las tentaciones. Los que se asemejan a las espinas son mucho menos dignos de perdón'... 'bid., 3: 468).

'Por tanto, para que nada de esto nos ocurra, guardemos la simiente y fomentémosla dentro del alma, con memoria continua. Aun cuando el demonio pretenda arrebatarla; somos capaces de impedirlo; y aunque se seque, no es el calor la causa de su aridez (pues no dijo Cristo que se secó por calor, sino por carecer de raíz); y aunque se ahogue, no es por las espinas. En tu mano está, si quieres, impedir que broten los malos gérmenes al usar de las riquezas como conviene. Por eso no dijo el Evangelio: el siglo, sino el en gaño de las riquezas (Mt. 13,22). No echemos la culpa a otra tosa que al ánimo corrompido. Muy bien se puede ser rico sin dejarse dominar por la codicia, y vivir en este siglo sin que nos ahogue la solicitud. Hay, efectivamente, en la riqueza dos defectos contrarios: el uno, que atormenta y ofusca, y es la solicitud; el otro, que relaja y debilita, y es el deleite. Con gran propiedad dijo el evangelista: El engaño de las riquezas. Pues, en

efecto, todo es falaz en ellas; no son sino mero nombre, vacío de realidad. Así, el placer, la gloria, el ornato..., nada de verdad encierran, sino pura fantasía...'

Más ¿por qué -me dirás- no se refirió a otros vicios, como la concupiscencia de la carne y la vanagloria? Con la solicitud de este siglo y el engaño de las riquezas, lo dijo ya todo. Porque la vanagloria y todo lo demás no provienen sino de este siglo y del engaño de las riquezas; así, el placer, la gula, la envidia, la gloria vana y todo lo semejante. Añadió también el camino y la piedra, para declarar que no basta librarse del apetito de las riquezas, sino que es necesario ejercitar las demás virtudes. ¿Qué te aprovecha, en efecto, liberarte de las riquezas, si eres afeminado y muelle? Y ¿qué vale que no seas afeminado y muelle, si eres perezoso y negligente para oír (la divina palabra)? No nos basta para salvarnos una parte tan sólo, sino que es menester, primero, diligencia en oír y memoria continua de lo oído después fortaleza; luego, desprecio de las riquezas y desprendimiento de lo temporal. Por eso aquello lo antepone a esto (pues es necesario primero que nada, ya que ¿cómo creerán, si no oyeren? (Rom. 10,14); así como también nosotros, si no entendemos lo que se dice, no aprenderemos tampoco lo que debemos hacer); y luego alude a la fortaleza y al desprecio de las cosas presentes'.

E) La tierra fértil

'Después de referirse a los modos de perdición, habla, por fin, la parábola de la tierra buena. No da así lugar a la desesperación, antes abre el camino a la esperanza del arrepentimiento, y muestra que todos pueden convertirse en buena tierra'.

'Pero si es buena la tierra, y el sembrador y la simiente los mismos, ¿por qué una rindió ciento, otra sesenta, otra treinta? También aquí la diferencia proviene de la naturaleza del terreno'... La causa de la diversidad en la producción no está en el labrador ni en la semilla, sino en la tierra que la recibe. No en la naturaleza, sino en la voluntad. Y aquí se descubre la benignidad de Dios, que no exige a todos la misma medida de voluntad, sino que acoge a los primeros, no desecha a los segundos y da cabida a los terceros. Y dice esto para que no crean los que le siguen que basta oír para salvarse...'

F) Aplicaciones: riquezas y placeres

'Oyendo, pues, esta doctrina, amurallémonos por todas partes, echemos raíces profundas y purifiquémonos de las vanidades de la vida. Nada nos vale acometer unas cosas y descuidar otras, pues de una u otra manera pereceremos. ¿Qué importa que nuestra perdición no sea por la riqueza, sino por la negligencia o por la cobardía? El labrador llora lo mismo cuando pierde la cosecha de una manera, o de otra... Quememos las espinas, que ahogan la palabra de Dios. Bien lo saben los ricos, que ni para esto ni para nada son útiles. Siervos y cautivos de los placeres, aun para los negocios civiles resultan estériles; y si para los civiles, mucho más para los del cielo. Se

originan en sus almas dos tormentas: la del placer y la de la solicitud; cada una de ellas basta para hundir el navío; y cuando ambas concurren, considera cuál será la marejada' (ibid., 4: 468-470).

'No te asombres de que a las delicias las llamara espinas. Tú no lo adviertes porque estás embriagado con la pasión; mas los sanos saben que punzan más que espinas y que el placer consume más que la solicitud y proporciona más graves dolores, tanto al alma como al cuerpo... Así como las espinas, por cualquiera parte que se las coja ensangrientan las manos, ni más ni menos también los placeres dañan a los pies, a las manos, a la cabeza, a los ojos y, en una palabra, a todos los miembros; y siendo, por una parte, estériles e infructuosos como las espinas, hieren mucho más que ellas aun en las cosas temporales. Acarrear vejez prematura, embotan los sentidos, entenebrece la razón... Tan malo es el placer excesivo, que daña hasta los mismos irracionales. Cuando les damos demasiada hartura, los inutilizamos para sí y para nosotros. Nada hay tan contrario y perjudicial para el cuerpo como el regalo; nada lo destruye y corrompe como la glotonería... ¿Acaso se te dio la garganta para que la llenases hasta la boca de vino y de corrupción? No para eso, ¡hombre!, sino para que cantes a Dios, y le dirijas santas oraciones, y leas las leyes divinas, y aconsejes lo conveniente a tu prójimo. Pero tú, como si la hubieras recibido sólo para aquello otro, no la dejas emplearse apenas en este ministerio, y durante toda la vida la subyugas a perversa servidumbre. No obran esos tales de otra manera que el que toma una cítara de áureas cuerdas muy bien templada y, en vez de pulsarla para producir armoniosa melodía, la llena de cieno y de barro...' (ibid., 5: 470-472).

(San Juan Crisóstomo. Homilías sobre San Mateo, (Cf. In Mt. Hom.44: PG 57,463-472)